

CUCALON

Cuento

Por

Lina Schiavetti de Gómez

Los viajes están al alcance de todos y existen muchas formas para viajar, según las aptitudes de cada cual.

Por ejemplo: uno puede ir "de pavo" a cualquier parte; desgraciadamente, mis condiciones físicas me impiden emplear este medio —tan barato y práctico— porque es difícil encajarse en algún intersticio disimulado, cuando se mide 1.80 metros con 86 kilos de peso.

Mediante la movilización "a dedo" se llega sin falta al garage más próximo. Me explico: la buenamoza con carnet de chofer pasa como celaje, sin detenerse ante ningún obstáculo; un poseedor de auto último modelo, desprecia los pulgares mendicantes; el Buen Samaritano, maneja un cacharro de vieja cepa y mala estirpe. Habrá que empujarlo cuesta arriba... y ésa no es mi tesis particular de: *Cómo Divertirse en Tránsito*.

Si el pasajero dispone de tiempo ilimitado, puede recurrir al manido expediente de secuestrar un avión. Las Compañías de Aviación toman toda suerte de precauciones para que el pirata no se salga con la suya, de modo que los jets parten siempre con un atraso considerable. También consulté a un abogado al respecto —persona de inveterado optimismo— y él estima que la pena máxi-

ma en su grado mínimo correspondería a cinco años y un día (sobran 24 horas de cárcel, pero las dan de llapa y conviene aceptarlas); total, y en el infinito ¿para qué esclavizarse con un vulgar reloj? De todos modos este cálculo es aproximado, pues los señores jurisconsultos aún no establecen una legislación internacional sobre el asunto.

En vista de las complicaciones mencionadas, ninguno de esos estilos me convenía y conseguí embarcarme como "cucalón", con destino al Sur de Chile. Era pues el único civil en un buque de nuestra Armada Nacional. Temo que tampoco resulté idóneo para este medio de transporte, que equivale al de un magnate dueño de yate exclusivo, equipado con tripulación de lujo.

Antes de continuar con mi relato debo dejar constancia de que cualquier semejanza entre los personajes y lugares que aparecen a continuación, no significa una coincidencia; porque éste no es un cuento, sino la pura verdad.

Mis tribulaciones derivaron principalmente de los elementos y otros factores mecánicos, por así decirlo... Nunca tuve dificultades con el personal. Todos los marinos se mostraron cordiales y amables; hasta el comandante me invitaba

a menudo —y cuando sus ocupaciones se lo permitían— para jugar una partida de ajedrez en la cámara.

Sin embargo, y desde el principio, estuvo bien claro que un cucalón no pertenece al elenco. Ellos tenían amistades antiguas y comunes (que yo no conocía) y las anécdotas profesionales que les divertían me eran indiferentes; no podía compartir sus diarias actividades y mucho menos comprender el idioma que hablaban.

Así apenas subí a la escampavía me advirtieron:

—“¡Cuidado con la Catalina!”

Y eché a volar la delirante fantasía. ¿Había una mujer a bordo? Probablemente era atractiva... sin duda, peligrosa... Ya sabía su nombre, lo demás, vendría después. Las crónicas y los anales están llenos de Catalinas superlativas; el mágico vocablo viaje es sinónimo de romance y aventuras...

Pero mi decepción no tuvo límites al constatar que la tal Catalina era un artefacto de acero comunmente llamado: roldana. A una grúa le decían: pluma; el lado derecho se denomina estribor y el izquierdo babor —aunque no estoy muy seguro, porque soy zurdo— lo que representa un inconveniente más, especialmente cuando el vaivén del barco se torna insidioso y solapado, pillando al incauto desprevenido.

Mientras navegaba en alta mar, la escampavía no se sosegaba nunca y a su debido tiempo, también cruzamos el Golfo de Penas. Ahí, me saqué el sombrero con reverencia ante esos antiguos navegantes, que tuvieron verdaderos aciertos para bautizar los lugares que descubrían. Si Adolfo Hitler ingresó a la literatura con su libro “Mein Kampf”, yo también podría aspirar a escritor, describiendo “Mi Lucha”... contra el mar; pero de sólo recordarla, reviso esos síntomas, y prefiero seguir en la mediocridad.

El mar es vasto, profundo y agitado. Tal vez resulte adecuado para peces y marinos, y yo no era sino un infeliz cucalón.

Hemos oído repetir que los cruceros marítimos son sedantes y calman la tensión nerviosa; aprovecharé para rebatir enérgicamente esa teoría mendaz, con toda la autoridad que me confiere mi ex-

periencia. No obstante, y por honradez, me siento forzado a reconocer la veracidad de otra frase estereotipada: “Los viajes instruyen”. Nada más cierto, porque éste me brindó la oportunidad gratuita de experimentar y apreciar la inefable filosofía del guardián López.

Durante la travesía, varias veces escuché la voz:

—“Llamen al guardián López” —o bien— “Avísele al guardián López”.

Puesto que no tenía nociones definidas respecto a sus atribuciones, me lo figuraba como una especie de angel guardián de la nave —personaje mítico y esotérico— a quien se debía recurrir en caso de cualquier emergencia.

Era en realidad un hombre de aspecto sólido y baja estatura: con los pies bien chantados sobre la cubierta y que tenía la piel curtida por el sol de la pampa. Nacido en el Norte, vivía trasplantado a la zona austral, disconforme con el clima húmedo y frío, añorando la aridez de su tierra natal. Nada lo arredraba, mientras no le lloviera encima. La lluvia era su talón de Aquiles y se mantenía irritado por los constantes aguaceros de esa región.

Tuve la revelación del poder omnímodo de este individuo singular, cierta tarde en que el teniente E. regresaba de una comisión en tierra. Con ironía cruel, la carta señalaba el punto donde bajó, como Puerto Paraíso —según creo— pero en la práctica era un lugar despoblado y carente de alicientes, desde el cual volvía cansado y aterido.

Subía por el portalón y al verme, junto al guardián López, esperándolo en lo alto de la escala, exclamo:

—“¡Con qué ganas me comería unos paucitos de huevo, bien calientes!”.

Siempre listo, el guardián López terció de inmediato:

—“Al tiro, le hacemos pan de huevo, mi teniente”.

El oficial titubeó, esperanzado y dudando:

—“¿Quedan huevos en el pañol, todavía?”.

A lo que el guardián López respondió, emprendedor y seguro:

—“Es que de haber huevo ¡también que le ponimos pues!”.

Esa misma noche, el comandante consideró necesario mejorar el rancho, dirigiéndose para ello hacia el litoral y anclando no lejos de la costa.

La palabra "rancho" evoca en el nativo de la metrópolis un cuadro tipo Ramos Catalán: techo de totora, ropa tendida y manzanos en flor, con fondo de cordillera o —al estar dotado de mentalidad cinematográfica— le suena a Texas, USA.: pistolas desenfundadas y damiselas en diligencia, con cinerama y tecnicolor; pero en boca de un náutico, ello significa simplemente: alimento.

En una pequeña bahía, igual a tantas otras, habían dejado tiempo atrás unos novillos durante el viaje anterior, para reabastecerse de carne fresca, y ahora se trataba de traerlos a bordo.

El guardián López me propuso acompañarlos, en el bote que nos llevaría desde la escampavía hasta tierra firme, lo que acepté de inmediato, a pesar de la ventisca glacial y el oleaje montañoso, resultando mi trasbordo y descenso, un prodigio de equilibrio y coordinación —por parte de los tripulantes— naturalmente.

Junto con poner pie en esa chalupa, comprendí que había cambiado una clase de movimiento por otro peor y que no encontraría el ansiado reposo.

El paraje se perfilaba abandonado, agreste y hostil, pero tenía una ventaja: se quedaba quieto. Allí desembarcamos en una estrecha playa, mojándonos hasta las rodillas.

—“Apurarse niños, antes que se largue a llover” —ordenó el guardián López y dejó a un hombre cuidando de la embarcación, para mantenerla siempre flotando.

Mientras chapaleábamos por el barro, buscando los mentados novillos, mi guía turístico me explicó esa precaución: en aquellas latitudes, la marea oscila mucho y al bajar se retira en poco rato a veinte metros de distancia, por lo menos; si faltaba el agua debajo del bote, éste corría el riesgo de quedar incrustado sobre el roquerío —como en un elevado pedestal— del que no podríamos extraerlo hasta que el mar volviera a subir.

Por fin, dimos con una cabeza de ganado. Pero en lugar del ternero que suponíamos hallar, nos encontramos con una sola res de monstruosas proporciones y enormes cuernos retorcidos. Su apariencia era temible —aunque no existía peligro inmediato—, pues el animal, anquilosado por el frío, permaneció en posición supina y no salió de su apatía, a pesar de nuestros gritos, empujones, golpes, retorcimientos del rabo y demás métodos persuasivos que le aplicamos.

Compadecido, sugerí entonces encenderle fogatas —una adelante y otra atrás— o sea, en términos marineros: a proa y a popa, iniciativa que encontró eco en el guardián López:

—“¡Sí, está empalado, el pobre bruto!”.

Nos dedicamos con ahínco a la tarea de recolectar leña. Estaba húmeda y costó una barbaridad para que prendiera. Atizábamos con fervor aquella débil y temblorosa llamita, protegiéndola del vendaval que soplabla, como si se tratara de un fuego sacro, mientras el bagual nos observaba perplejo y con mirada rojiza.

Quizás el viento hizo saltar una chispa —que le tostó el cuero— porque se incorporó de un brinco, reaccionando violentamente. En la apoteosis de su furor y con criterio bovino, ese ingrato las emprendió contra mí ¡su benefactor! y cargó, profiriendo un bramido de tenor wagneriano.

Despavorido, traté de correr hacia la playa —resbalando o atascándome en el fango— pero la bestia me perseguía de cerca y embistió, antes que yo lograra alcanzar el refugio del bote —que ya se había alejado bastante— conforme a las instrucciones del guardián López.

Como lanzado por una catapulta, caí al mar y me hundí con impulso. ¡Puchas que estaba helada el agua!

No sé como logré salir a flote, magullado e impedido como me hallaba por esa ropa naval ajena, con que me vistieron para la expedición: siendo que me hacía falta un equipo de hombre-rana. Quedé empapado —por dentro y por fuera— porque para colmo empezó a llo-

ver torrencialmente y no podía acercarme a tierra, pues ahí me esperaba el monstruo, en actitud amenazante.

Los otros lacearon al animal de los cachos y entre todos lo arrastraron, atándolo a la chalupa en la cual se embarcaron, rescatándome con rapidez y eficiencia, al mando del guardián López, que renegaba por el aguacero.

Mientras bogaban hacia el barco con la bestia a remolque —doblados sobre los remos y soportando el chubasco inclemente— yo tiritaba, acurrucado en un extremo del bote, meditando que esos bravos marinos ignoraban, al parecer, que los vacunos se ahogan, si les entra agua por el orificio debajo de la cola. . .

Pero ¡allá ellos! Dado el mal carácter del bicho aquel, no me hubiera agradado tenerlo por compañero en el pasaje, y de todos modos, tampoco cabía dentro de la chalupa.

Con el buey inundado y casi sumergido, llegamos al costado de la escampa-

vía. Para izarlo a bordo con la pluma, bajaron una cincha y se la pasaron alrededor de la guata. No resultó una maniobra holgada, porque subíamos y descendíamos, a merced de las alborotadas olas; la llevaron a cabo cuando ya apenas le afloraban los ojos desorbitados y los agujeros de la nariz.

Desde el barco —que aparecía muy elevado— accionaron la catalina levantándolo en vilo, y el buey quedó dando vueltas en el aire, suspendido sobre nuestras indefensas personas. Oprimido por esa faja, evacuó el intestino, amén de unos cuantos galones de agua salada, que había absorbido durante el trayecto.

Entonces el guardián López, encapotado en su surweste encerado, que lo asemejaba a la propaganda del bacalao noruego, me contempló paciente y murmuró resignado:

—“¿No le decía yo? Aquí ¡llueve hasta con abono!”.